



(Conclusión) (1)

Por el REPORTER
FILTRABLE

—¿Ves todo ese enjambre que nos va rodeando? Pues es el acompañamiento que nos llevamos para intentar colonizar nuevas tierras.

Pocos momentos habían pasado después de oír estas palabras, cuando pareció que empezaban los movimientos sísmicos que tanto me impresionaron anteriormente, y casi sin darme cuenta me sentí lanzado violentísimamente a gran distancia: una distancia enorme, como si me lanzaran a otro planeta. De repente, me sentí como absorbido por un remolino de aire, crucé rápidamente parajes en donde había una atmósfera muy tibia, y al fin, me sentí depositado sobre una especie de trigal. Palpé para convencerme de que estaba vivo y de que no me había desprendido de mi general, y, en efecto, ya lo percibí moviéndose, e intentando separarse de mí.

—¿Qué tal te ha ido el viaje, compañero?

—Bien, mi general. ¿Dónde estamos?

—¿No lo has visto, novato? Estamos en la tráquea de un nuevo huésped, que me parece que se la va a cargar, pues el terreno está infiltrado de líquidos sabrosísimos en los que podremos nutrirnos muy bien. Voy a reunir a las huestes que hayan podido salvarse.

Y desapareció, como tragado por la tierra. Aprovechando el momento de estar solo, di algunas vistas por el paisaje. Este era inmenso. Una especie de bóvedas descomunales limitaban el espacio, por el cual circulaba incesantemente una poderosa corriente de ida y otra de vuelta, que agitaba el trigal que cubría todas las superficies visibles. Extasiado como estaba no vi, hasta que casi la tenía encima, otra avalancha de lava como la que nos sorprendió en el cávum del huésped anterior. Me salvé por milagro descendiendo rápidamente al fondo del trigal y acurrucándome cuanto pude.

No sé el tiempo que pasaría allí, cuando me sobresaltó la voz de mi general, que me llamaba.

—Bueno, me dijo, ya tengo a todo un ejército que trabaja intensamente. Mientras unos se reproducen activísimamente, otros van tomando posiciones, y manejan a maravilla sus escafandras contra los venenos que nos envían esos malditos leucocitos. Si nuestro huésped nos ayuda un poco agotándose con lo que sea, o perdiendo las noches en jolgorios, pronto tendremos el terreno conquistado.

—Pero, oye, mi General. Cuando lográis una victoria decisiva y matáis al individuo, ¿cómo quedaréis vosotros?

—Ah, pero ¿eso no sabes? Cuando nuestro servicio de Investigación y Vigilancia nos avisa que el enemigo está a punto de desfallecer, procuramos salvarnos cuantos podemos, poniéndonos en disposición de salir a la menor fuerza expulsiva que haga el enfermo. Los que no pueden salir, mueren con el enemigo.

—¿Qué heroísmo!

—No es nada más que la obligación. ¿Tú sabes porque estamos en este mundo?

—No me ha gustado nunca filosofar.

—Pues no sabes nada. Nosotros vivimos con un objetivo bien concreto: depurar la especie humana de los individuos poco capaces de vivir holgadamente. Figúrate lo que sería la especie humana sin nosotros. Habría un predominio de los débiles e incapaces. Y esto no puede ser. A la humanidad le

HIGIA

(1) Véanse nuestras números 25-26 y 27-28.